

muy triste prueba de esta verdad fueron los judíos. Las profecías que vieron cumplidas en Jesucristo eran poderosos motivos para que creyesen en él; pero ni ellos se las quisieron aplicar, ni dar oídos á los que se las aplicaban. Siendo de suyo las parábolas unas explicaciones palpables que exponen como de bulto los misterios mas elevados, eran para ellos unos velos impenetrables que les ocultaban la vista de aquellos mismos misterios. Estaban viendo sus milagros: confesaban francamente que los hacia: *hic nemo multa signa facit*. Pero ¿qué infirieron de ahí, que era preciso seguirle, creerle y adorarle? nada menos. Lo que infirieron fué que era necesario quitarle cuanto antes la vida. Quieren informarse los judíos del ciego desde su nacimiento que recobró la vista: llaman á sus padres, examinanlos, quedan convencidos despues de haber hecho cuanto pudieron para corromperlos. Y ¿qué sacaron de este convencimiento? ¿creer en él? de ningun modo. Maldecirle, ultrajarle y excomulgarle. ¡Oh, y cuánta verdad es que una pasion en una alma, apoderada ya de la relajacion y de la tibieza, excita en ella grandes alteraciones! Es como el fuego que prende en madera húmeda, levantando un humo denso que oscurece la razon, y no le deja percibir los objetos sobrenaturales. Aun respecto de los mas materiales y sensibles nos ciega la pasion. Pues ¿qué mucho nos impida la vista de los espirituales y divinos? Lo mismo que retrae á los malos, atrae á los buenos: lo mismo que espanta á los disolutos, enamora á los virtuosos. Estos no acaban de admirar lo que aquellos no aciertan á creer acerca del misterio de la Encarnacion, de la Eucaristía, etc. La muerte de un Dios, que se hace dura á la fe de los malos cristianos, enciende mas y mas el amor de los buenos y de los fervorosos. Confesemos ya que no hay estado mas

miserable, mas digno de compasion, que el de un cristiano que tiene poca fe. Fuérale mejor, digámoslo así, no creer nada, que creer á medias, pues padece mucho mas en sus gustos, que un verdadero fiel en sus trabajos. Aquella escasa luz que le ha quedado es muy bastante para perderle, y no lo es, por culpa suya, para salvarle. Es para él como una luz importuna medio apagada y maligna, que basta para quitarle aquella quietud que se experimenta en el silencio de las tinieblas sin comunicarle la alegría que causa la luz del sol. Si yo tuviera fe, se suele decir, presto dejaria estos embelesos, esta profanidad, estos pasatiempos, y presto me convertiria; pero yo digo que presto tendrias fe si dejaras esos pasatiempos, esa profanidad y esos embelesos. Nuestra poca fe siempre es funesto efecto de nuestras corrompidas costumbres. Aquel sacerdote no siente devocion en el altar; pero ¿tiene mucha fuera de él? Si por su desgracia trae una vida tibia y desarreglada en su casa, ¿quiere experimentar en el altar una fe viva y fervorosa?

Séalo, Señor, mi vida sea inocente, sea pura con vuestra divina gracia, y espero que mi fe crecerá cada dia mas y mas.

JACULATORIAS.

Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam. Marc. 9.
Yo creo, Señor; fortificad mi fe.

Domine, adauge nobis fidem. Luc.
Señor, aumentadnos la fe.

PROPOSITOS.

1. Es poca la fe, porque es mala la vida. Nada debilita tanto la fe como las enfermedades del corazon. Las al-

mas inocentes, las almas puras pueden ser tentadas en la fe; pero las tentaciones, por lo comun, solo sirven para avivarla mas, como no den en el extremo de la relajacion. Si padecieres estas importunas pruebas, renueva tu fidelidad y tu fervor en el servicio de Dios. Nunca has de tener mayor modestia, mas caridad con los pobres, nunca has de ser mas devoto, mas reverente en presencia del Santísimo Sacramento; nunca mas exacto, mas puntual en todas tus obligaciones y devociones; nunca mas mortificado ni mas fervoroso que en tiempo de estas pruebas. Presto verás disipadas esas nubes y sosegadas todas esas tempestades. Ninguna cosa contribuye tanto á la serenidad del alma como aumentar el fervor.

2. Siempre te has de proponer tus acciones y tu conducta como la mejor prueba de tu fe. Esta, en los verdaderos cristianos, nunca es puramente especulativa. Es costumbre saludable pensar en todos los ejercicios espirituales, en la misa, en el oficio divino, en la oracion y en todas las buenas obras, que en ellas vamos á dar á Dios y al público pruebas legítimas de nuestra fe. Si estás en la iglesia, considera que vas á dar testimonio de tu fe: si es preciso perdonar una injuria, hacer una limosna; si te sucede alguna afliccion, algun contratiempo, recurre á la fe, y dite á ti mismo: Quiero parecer cristiano en esta ocasion; pero ten cuidado de pedir frecuentemente á Dios que aumente tu fe: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam*. Sí, Señor, yo creo, yo creo; pero fortificad mi fe, cada dia mas y mas. Esta oracion ó jaculatoria debe ser familiar á todos los cristianos.

SAN ACISCLO Y SANTA VICTORIA, MÁRTIRES.

Córdoba, ciudad tan antigua y magnífica, que al hablar de la guerra de Anibal ya trataba de ella Silio Itálico con honor, ha sido en todos tiempos fecunda madre de varones ilustres en las armas y en las letras, en la guerra y en la paz. En esta ciudad nacieron, segun la opinion mas comun, los gloriosos mártires de Jesucristo Acisclo y Victoria, de unos mismos padres, para que una misma educacion en las máximas del Evangelio tuviese el mismo fin, que era dar su sangre por Jesucristo. Nada se sabe de los primeros años de su vida; pero puede suponerse, que dos jóvenes que tuvieron valor tan extraordinario para resistir las amenazas y promesas del astuto Dion, no solo fueron desde el principio bien cimentados en la fe, sino que procuraron consolidarla en su alma con el ejercicio de santas obras. Las actas auténticas de su martirio, sacadas del códice membranáceo manuscrito que posee el convento de San Juan de los reyes de Toledo, son del tenor siguiente:

En el tiempo en que Diocleciano pretendia destruir la religion de Jesucristo en todo el mundo, vino á la ciudad de Córdoba un presidente llamado Dion, en quien se competian el odio contra los cristianos, la crueldad para atormentarlos, y la sagacidad para procurar reducirlos al culto de los falsos dioses. Apenas llegó, sabiendo que en aquella ciudad habia gran número de fieles que adoraban á Cristo por verdadero Dios, promulgó el edicto imperial que se habia publicado por todo el imperio romano, cuyo contenido se reducía á intimar que ofreciese incienso á los dioses del paganismo el que no quisiese sufrir los mas exqui-

sitos y crueles tormentos. Vivian á la sazón en la ciudad dos jóvenes hermanos, llamados Acisclo y Victoria criados en el temor santo de Dios, á quien daban verdadero y religioso culto, y quienes desde los primeros años de su vida habian siempre ejercitado la piedad dando á Dios alabanzas. Un tal Urbano, oficial del tribunal del presidente, tuvo noticia de los dos santos, y del tenor de vida que guardaban, arreglada en un todo á las máximas del Evangelio. Gozoso con semejante descubrimiento, como quien sabia bien cuánto lisonjearia con él la crueldad del presidente, se fué á él, y le dijo : Por fortuna he encontrado dos que desprecian tus edictos, y tienen temeridad suficiente para afirmar que nuestros dioses son de piedra, é incapaces de dar favor alguno á aquellos que los adoran. Oyó el presidente esta noticia con complacencia por el descubrimiento, y con ira por el desprecio que veia hacer de sus dioses ; y así mandó que los siervos de Dios fuesen traídos á su presencia. Obedeciósese su precepto, y luego que los tuvo delante les habló de esta manera : ¿ Sois por ventura vosotros los que despreciais los sacrificios que se hacen á nuestros dioses, y moveis sediciosamente al pueblo, persuadiéndole que se aparte de su sagrado culto ? A lo cual respondió el bienaventurado Acisclo : *Nosotros servimos á nuestro Señor Jesucristo, no á los demonios ni á las piedras inmundas.* Dijole el presidente Dion : ¿ Ha llegado á tu noticia la sentencia que hemos mandado que sufran aquellos que no quisieren sacrificar ? Respondió Acisclo : *Y ¿ has oído tú, ó presidente, la pena que te tiene preparada Jesucristo á tí y á tus príncipes ?* Al oír esto, comenzó Dion á enfurecerse contra el mártir de Dios : una rabia ferina se apoderó de su corazón para explicarse á su tiempo ; pero disimulando por entonces los movimientos crueles que le agitaban, volvió los ojos halagüeños hácia Victoria, y le dijo : Tengo lá-

tima de tí, ó Victoria, como si fueras hija mia ; acércate, pues, á las aras, y adora á los dioses para que tengan misericordia de tus culpas, y te libren del error que padeces. Mira que, si rehusas acceder á estos consejos de padre, me veré precisado á ejecutar en tí los mas crueles y terribles tormentos. La bienaventurada Victoria, despreciando enteramente las palabras halagüeñas de su discurso, respondió á lo último de esta manera ; *Me harás un gran favor, ó presidente, si ejecutares en mí lo que has dicho.* Entonces Dion, volviéndose á san Acisclo, le dijo : Acisclo, vuelve en tí, y piensa bien que estás en la flor de tu edad, y que es lástima que perezcas en una sazón tan temprana y florida. A esta propuesta respondió san Acisclo : *Yo no tengo otra cosa que pensar sino en Jesucristo que me formó del polvo de la tierra ; pero tú cobardemente intentas obligar á los hombres para que adoren unas imágenes hechas por sus manos, que ni tienen ojos ni sentido alguno.*

Estas animosas respuestas de los santos encendieron á Dion en cólera, y mandó que, quitándolos de su presencia, los encerrasen en el calabozo mas tético y profundo. Ejecutóse la orden del presidente ; y encerrados los santos en la lóbrega cárcel, comenzaron á tributar gracias á Dios, haciendo oración y entonándole magníficas alabanzas porque les habia dado gracia para vencer las capciosas propuestas del presidente ; y confiados en su misericordia, esperaban vencer tambien sus tormentos, que ya habian comenzado á experimentar. Los gentiles, creyendo que, debilitadas las fuerzas del cuerpo, decaeria tambien aquel ánimo esforzado que habian presentado al principio, les negaron todo alimento. Los santos llenos de confianza dirigian sus oraciones al cielo, sin cuidarse mas de otra cosa, como si sus cuerpos no fuesen de una materia terrena ; pero Dios nunca de-

sampara á los que colocan en él sus esperanzas. En medio de las espantosas tinieblas de aquel horroroso calabozo vieron Aciselo y Victoria que, rompiéndose los cielos, bajaron cuatro ángeles cercados de luz resplandeciente, los cuales les traían del cielo una deliciosa comida que les confortase el cuerpo y les vivificase el espíritu. Al ver los santos mártires una misericordia de Dios tan extraña, hicieron á Dios oracion, y le dieron gracias de este modo: *Dios y Señor nuestro, que eres rey de los cielos y médico de las llagas ocultas, sabemos, Señor, que no nos desamparas, sino que te acordaste de nosotros, y nos enviaste del lugar excelso en que habitas, por medio de tus santos ángeles, una comida de salud, con la cual nuestras almas se han llenado de fortaleza, y esperan el fruto de la redencion.* Mientras pasaba esto en la cárcel, el inicuo Dion estaba meditando los medios de apartarles de su creencia, ó de hacerles padecer tales tormentos, que pudiesen servir de escarmiento á los demás cristianos. Mandó, pues, que los sacasen de la cárcel, y los trajesen á su presencia; y habiéndolos traído, les dijo: *Haced lo que os mando, y sacrificad á los dioses, porque de otra manera deberéis sufrir acerbísimos tormentos.* A esto respondió san Aciselo: *¿A qué dioses nos mandas que sacrifiquemos, ó Dion? ¿Por ventura á Apolo y Neptuno, que son dos falsos é inmundos demonios? ¿ó qué dioses nos quieres obligar á adorar? ¿acaso á Jupiter, que es el príncipe de todos los vicios? ¿acaso á la deshonesta Venus? ¿acaso al adúltero Marte? Eh: no quiera Dios que veneremos de ninguna manera á los que tenemos vergüenza de imitar. Lo que yo anuncio al pueblo que está presente, y tú has congregado en este sitio, son los nombres de los santos, cuya compañía espero gozar en los cielos. Porque, ¿a quién quieres tú, ó Dion, comparar con el primero de todos los apóstoles el bienaventurado Pedro, el cual*

se llama tambien columna de la Iglesia? ¿acaso quieres comparar con él á Apolo, que es la perdicion del siglo? Dime, Dion, ¿á quién quieres comparar con los profetas y mártires? ¿acaso á Hércules el luchador que vivió facinerosamente, y cometió sobre la tierra los mas execrables delitos? dime, finalmente: ¿á quién quieres que se venere con mayor razon, á Diana, maladora de inocentes, ó á la virgen santa Maria que engendró á nuestro Salvador y Señor Jesucristo, siendo virgen antes del parto, y permaneciendo siempre virgen gloriosa despues de haber parido? Avergüenzate, pues, ó Dion, pues no son dioses aquellos que adoras, sino ídolos despreciables, sordos y mudos. Esta respuesta, que fué un discurso patético y convincente de la falsedad de los dioses, cerró la boca al presidente; pero encendiöse la ira en su corazon, y así mandó que los atormentasen. A san Aciselo mandó que le azotasen con varas, y á santa Victoria que la hiriesen cruelmente en las plantas de los piés. Presenció estos tormentos el tirano, y no teniendo por entonces meditados tan atroces tormentos como se necesitaban para saciar su crueldad, mandó que los llevasen á la cárcel, diciendo: *volvedlos á encerrar hasta que medite las penas con que han de ser afligidos.*

Meditólas en aquella noche, y al día siguiente habiéndose sentado en público tribunal, mandó que los trajesen de la cárcel. Obedecieron los soldados, y al tiempo que los traían, como conocian las gentes la condicion terrible del juez, y los tormentos espantosos á que iban á ser entregados, se movian á lástima de los dos santos hermanos, y aun los mismos gentiles decian en voz alta: *O Dios y Señor, en quien creen estos desventurados, ayúdalos, puesto que en tí han colocado su confianza.* Luego que los vió Dion á lo lejos, mandó que los presentasen á su tribunal, y mirándolos con un semblante terrible, se volvió á

los ministros que le rodeaban, y les dió orden de que encendiesen una grande hoguera, y precipitasen en ella á los santos. Obedeciése inmediatamente el decreto, y aplicando el fuego á gran porcion de materias combustibles, que estaban de antemano preparadas, en breve rato se hizo una hoguera espantosa. Al tiempo que llevaban á ella á los santos mártires, iban estos con un semblante alegre y risueño, como si fuesen al convite mas delicioso; y levantando los ojos al cielo, hicieron oracion á Dios con la firme esperanza que manifestaria en ellos su omnipotencia y su misericordia. En esto llegaron á la hoguera, y fortaleciéndose los santos con la señal de la cruz, ellos de su propia voluntad y por sus mismos piés se entraron hasta el medio del fuego. Pero ¡oh misericordia del Señor! cuando la grandeza de la hoguera y la voracidad de aquel elemento daba motivos suficientes para persuadirse á que en el mismo instante que entrasen serian abrasados y reducidos á cenizas, vieron todos con admiracion que permanecian entre las llamas sin recibir daño alguno, cantando y alabando á Dios como si estuvieran en un lecho de rosas. El Señor, que habia oido sus oraciones, les envió del cielo sus santos ángeles, los cuales acompañaban á Aciselo y Victoria en medio de la hoguera, y les ayudaban á entonar magnificas alabanzas al Dios de las alturas con tal dulzura y melodía, que los que estaban al redor lo oian clara y distintamente. Los satélites y verdugos, que de orden del presidente habian encendido la hoguera y estaban ejecutando el suplicio, atónitos y espantados con lo que veian y oian, se fueron á Dion, y le dijeron: O presidente, al tiempo de ejecutar tu mandamiento hemos oido que de en medio de la hoguera se oian muchas voces como de personas, que cantaban y decian: *Gloria sea dada á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena*

voluntad. Al oír esto el presidente conoció el grave riesgo que corria la gentilica supersticion y el crédito de su persona si los santos permanecian mas tiempo en el fuego. Mandó que los sacasen al instante, y que se los trajesen delante. Luego que se los trajeron, comenzó á mirarlos por todas partes, incrédulo todavía de lo que le habian contado; pero luego que sus ojos examinaron á toda su satisfaccion á los santos, vió claramente que el fuego no les habia dañado ni en un cabello de la cabeza, y mirándose á sí mismo, bajó los ojos en señal de admirado y de confuso.

¿Quién creyera que un prodigio tan maravilloso de que el mismo Dion era testigo, y que habia causado en él la admiracion y la vergüenza, no le sacaria de sus errores, ó á lo menos, quién no esperaria que templase su saña, y que de allí adelante mirase á los mártires de Jesucristo con ojos mas respetuosos? Este debia ser el efecto de lo que Dion habia presenciado, si su entendimiento estuviera libre de las preocupaciones de la supersticion, y capaz de abrir los ojos á los rayos de la verdad; pero por el contrario, su razon, ofuscada con las tinieblas del error, miró como prestigios los que eran verdaderos milagros de la Omnipotencia; y así lleno de este brutal entusiasmo, dijo á los mártires: ¡O desventurados y miserables! ¿en dónde habeis aprendido con tanta perfeccion el arte de hechiceros, que hayais podido hacer que el fuego no os haga daño? Ea, dejad ya esa arte magica, y venid á adorar y ofrecer sacrificios á nuestros dioses para que ellos tambien os favorezcan. Y tú, ó Victoria, dime: ¿en qué teneis vuestra confianza para persistir tan soberbios en vuestro propósito? ¿qué es lo que decidis de vosotros, ó qué esperais? Entonces la santa, llena de aquella vivacidad de espíritu y fortaleza que hacia causado en ella el milagro del Señor, y enfurecida en cierto modo con-

tra la protervia del inicuo juez, respondió así: *¿No te hemos dicho ya, espíritu inmundo, carnicero y despreciable gusano, que Jesucristo es nuestro padre, nuestro señor, y nuestro salvador, el cual nos da fuerza para vencer á los que no lo conocen, y para despreciar vuestras abominaciones, con las cuales engañados adoráis á los falsos dioses?* Entonces el presidente, airado con esta respuesta, mandó á sus ministros que llevasen á los dos santos á la ribera del rio, y atándoles al cuello unas grandes y pesadas piedras, los echasen en él para que muriesen ahogados. Ejecutóse así, y atadas unas enormes piedras al cuello, fueron echados al rio. Pero los ángeles del Señor, que en la cárcel los habian libertado del hambre y las tinieblas, y en la hoguera habian hecho que la voracidad del fuego no hiciese en ellos el menor daño, sostuvieron ahora tambien á los santos mártires, para que, sin embargo del peso que les habian atado á los cuellos, nadasen sobre las aguas. Era un espectáculo asombroso ver a los santos andar sobre las aguas del rio, como si estas fueran consistentes, y que con los semblantes llenos de alegría, fijos sus ojos en el cielo, en voz clara y perceptible oraban á Dios de esta manera: *Señor Jesucristo, rey de todos los siglos, que siempre estas pronto para favorecer á los que te invocan, y nunca desamparas á los que te buscan, asiste ahora á tus siervos, y manifestando tus maravillas, haz que en esta hora y en estas aguas recibamos el signáculo sagrado: vístenos los vestidos de la inmortalidad, pues tú eres el mismo que anduviste sobre las aguas del rio, y les echaste tu bendición, para que, recibiendo nosotros la lavadura de regeneracion, merezcamos ser limpios de la mancha que contrajimos. Ilústranos, Señor, con vuestra santa caridad, y vístenos del resplandor de tu gloria para que te demos gloria y honor por todos los siglos de los siglos.* Haciendo esta oracion, y perseverando los santos so-

bre las aguas sin que pudiesen retraerse de las orillas del rio los innumerables testigos de aquella maravilla, á eso de media noche oyeron una voz del cielo dirigida á los mártires, que decia así: *El Señor ha oído vuestra oracion, ó fidelísimos siervos suyos, y os ha concedido cuanto le pedisteis.*

Al tiempo que sucedian estas cosas vino una nube resplandeciente del cielo que se puso sobre sus cabezas, é inmediatamente advirtieron los santos mártires que venia Jesucristo con grande aparato de gloria, y delante de él una multitud innumerable de ángeles que le ofrecian suavísimos aromas, y en dulcísimos himnos le entonaban alabanzas. Alegráronse los santos con tan magnífica vision, y mirando al Salvador, inundados sus corazones de alegría, dijeron: *Hijo de Dios vivo, Jesucristo invisible, immaculado, que bajaste hoy de lo alto de los cielos acompañado de tanta gloria de ángeles sobre estas aguas del rio, y nos diste el vestido de inmortalidad y de renovacion, á tí te bendecimos, á tí te alabamos, á tí damos gloria, que con el Padre y con el Espíritu Santo posees un mismo reino de majestad, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos, amen.* Finalizada esta oracion, salieron por sí mismos del rio y se tornaron á la cárcel, en donde fueron introducidos por los santos ángeles que los acompañaban. Llegó á oídos del presidente cuanto habia sucedido, y como los santos de su propia voluntad se habian vuelto al calabozo; y mandó inmediatamente que los trajesen delante de sí. Luego dió orden á los verdugos que trajesen allí dos ruedas, y que, atando á los santos en ellas, les pusiesen fuego debajo, y les echasen aceite para que la llama fuese mayor, y los santos fuesen mas prontamente consumidos. Hizose así, y dando vuelta á las ruedas, iban despedazándose y quemándose poco á poco los cuerpos de los santos mártires, quienes, mirando al cielo,

dijeron : *Bendecímoste, Dios nuestro, que estás en los cielos, y á ti, señor Jesucristo, te damos gracias. No nos desampares en esta lucha, sino antes bien alarga tu mano, y tocando este fuego que nos quema, apágale para que el impío Dion no se glorie con nuestra ruina.* Apenas los santos habian dicho esto, cuando saltó el fuego de la hoguera con tal violencia, que mató mil quinientos y cuarenta idólatras de los que estaban asistiendo al suplicio, y divirtiéndose con los tormentos que los santos padecian. Al mismo tiempo estaban estos tan descansados sobre las ruedas, como si estuvieran sobre unos lechos deliciosos, porque los santos ángeles no cesaban de darles su asistencia. Tan grandes maravillas no pudieron menos de hacer alguna mella en el inicuo tirano, y así mandó que los quitasen de las ruedas, y los trajesen á su presencia. Cuando los tuvo delante, les dijo así : *Básteos ya, ó infelices, de porfia, pues ya habeis manifestado bastante todas vuestras artes mágicas. Venid, pues, aunque tarde, y acercándoos á las aras, ofreced sacrificio á los dioses invictísimos que os sufren.* Al oír esto, Aciselo dijo : *Insensato, y sin entendimiento ni temor de Dios, ¿no ves con esos tus ojos ciegos las grandezas de Dios que hizo el Padre celestial juntamente con su unigénito y coeterno Hijo Jesucristo Señor nuestro, el cual libra á todos sus siervos de vuestras manos inicuas?* Entonces Dion, lleno de ira, mandó que separasen á Aciselo de Victoria, y que á esta le cortasen los pechos. Ejecutóse el bárbaro decreto, y al tiempo que los verdugos hacian la cruel operacion, dijo santa Victoria : *Dion, de corazon de piedra é indigno de participar para siempre jamás de las virtudes de Cristo, mandaste que me cortasen los pechos, pero vuelve esos ojos y mira, para tu confusion, como en lugar de sangre sale de ellos leche;* y mirando la bienaventurada Victoria al cielo, dijo : *Gracias te doy, señor Jesucristo,*

rey de los siglos, que te has dignado concederme el que en obsequio de tu santo nombre me fuesen cortados todos los impedimentos de mi cuerpo, porque sé que ya ha llegado la hora en que quieres que deje este mundo, y vaya á gozar de tu inefable gloria.

Habiendo dicho esto, mandó el pérfido Dion que volviesen á la cárcel á Aciselo y Victoria; y habiendo sido ejecutado, vinieron todas las matronas que habia en Córdoba á consolar á Victoria, admiradas de las penas que habia sufrido : traianle para este efecto muchos presentes y regalos de los bienes que poseian; y entrando en la cárcel, la encontraron sentada meditando en las grandezas de Dios. Postráronse inmediatamente á sus piés besándolos muchas veces. La santa les hablaba de los divinos misterios; y las matronas llegaron á admirarse tanto de su sabiduria, de su fortaleza y virtud, que siete de ellas se convirtieron, creyendo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Al dia siguiente mandó el impiísimo Dion que se los trajesen, y teniéndolos en su presencia, dijo á la santa : *Victoria, ya ha llegado tu tiempo: acércate y conviértete á los dioses; y si así no lo hicieres, te arrancaré el alma.* La venerable Victoria le respondió : *Impío Dion, de hoy ya mas no tendrás descanso ni en este siglo ni en el futuro.* Oyendo esto el presidente, y no pudiendo sufrir la injuria, mandó que le cortasen la lengua. Pero la bienaventurada Victoria levantó sus manos al cielo, y dijo : *Dios y Señor mio, criador de toda bondad, que no desamparaste á tu sierva, mírame ahora desde tu santo trono, y manda que yo acabe la vida en este sitio, porque ya es hora de que descanse en tí.* Apenas acabó de hacer esta oracion, cuando se oyó una voz del cielo que decia : *Inmaculados y limpios, que tanto trabajásteis, venid, que ya están los cielos abiertos para vosotros, y en ellos teneis un reino reservado. Todos me glorifican y bendicen por causa vuestra,*

porque desde el principio sufristeis mucho por mí, y todos los justos se regocijan con la noticia de vuestra batalla y de vuestra victoria. Y de allí á un poco se oyó otra voz que les decia: *Venid á mí, santos míos, y recibiréis las eternas coronas y el premio de vuestra pelea.* Oyó Dion esta voz del cielo, y mandó que cortasen la lengua á santa Victoria, porque, mientras habian durado aquellas hablas celestiales, no habian ejecutado los verdugos el primer decreto. Cortáronle la lengua, y recibiendo en la boca santa Victoria el pedazo que le habian cortado, se la escupió al juez en la cara, y dándole en un ojo, le dejó ciego. Entonces la santa exclamó en voz alta diciendo: *O Dion deshonesto y puesto por Dios en tinieblas, deseaste comer el órgano de mi cuerpo, y cortar mi lengua que bendecia al Señor, justamente perdiste la vista, pues, viniendo sobre tu rostro la palabra del Señor, te dejó ciego y privado de toda luz.* Este hecho acabó de consumir la ira de Dion, el cual rabioso y enfurecido, ya por la ceguera que padecia, y ya por las injurias con que le afrentaba, mandó que la asaeteasen. Llevaron á santa Victoria al lugar del suplicio, y habiéndole tirado dos saetas, que quedaron clavadas en su bendito cuerpo, á la tercera, que le dió en el costado, perdió la vida, consiguiendo al mismo tiempo un ilustre martirio. A san Acisclo mandó que le llevasen al anfiteatro, y que allí le degollasen. Ejecutóse así; y una mujer cristiana, llamada Miniciana, criada desde el principio en las máximas del Evangelio, recogió los cuerpos de los santos, y los colocó en sitios honrados. A san Acisclo le dió sepultura en su casa, y á santa Victoria junto á la puerta del rio. De esta manera quedaron colocados los cuerpos de los santos en diversos lugares, en los cuales nuestro Dios y Señor dió á entender con repetidos milagros cuán apreciables le habian sido los martirios de sus siervos. Sucedió su triunfo

el dia 17 de noviembre, en el cual dia le traen los breviarios antiguos de las iglesias de España, con cuya opinion se conforman tambien los modernos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Neocesarea del Ponto, la fiesta de san Gregorio, obispo, ilustre por su doctrina y santidad, llamado el Taumaturgo, en razon de los muchísimos milagros que obró para gloria de la Iglesia.

En Palestina, los santos Alfeo y Zaqueo, mártires, quienes, despues de multiplicados tormentos, padecieron muerte el año primero de la persecucion de Diocleciano.

En Córdoba, san Acisclo, y santa Victoria su hermana, á quienes el presidente Dion hizo atormentar cruelísimamente, y que recibieron del Señor la corona de gloria que les habia merecido tan gran martirio.

En Alejandria, san Dionisio, obispo, varon de grandísima erudicion, celeberrimo por haber confesado á menudo á Jesucristo, y de muchos merecimientos por los diversos tormentos que padeció. Murió confesor en una venerable ancianidad, en tiempo de los emperadores Valeriano y Galiano.

En Orleans, san Añan, obispo. Los frecuentes milagros que obró despues de su muerte prueban cuán aceptable fué á los ojos de Dios.

En Inglaterra, san Hugo, obispo, que del orden de los cartujos fué llamado á gobernar la iglesia de Lincoln. Despues de haber florecido en milagros, murió santamente.

En Tours, san Gregorio, obispo.

En Florencia, san Eugenio, confesor, diácono de san Zenobio, obispo de aquella ciudad.

En Alemania, santa Gertrudis, vírgen, del orden